



CUARENTA Y OCHO
CUENTOS, UN PANTANO
Y UN ALTAR

José Carlos Turrado

CUARENTA Y OCHO
CUENTOS, UN PANTANO
Y UN ALTAR



Primera edición: junio 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Carlos Turrado

ISBN: 978-84-19340-68-9

ISBN digital: 978-84-19340-69-6

Depósito legal: M-16086-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi madre, doña María Luisa de la Fuente Rubio

ÍNDICE

EL PRIMER VISITANTE	11
MISTERIO DE INIQUIDAD	16
EL SOSTÉN DEL SAGRARIO	20
EL PANTANO	27
LA ESCAFANDRA	41
LA RANITA.....	43
EL BAÑO Y EL PATIO	50
LA CÁMARA	55
EL CORAZÓN.....	58
EL TÍO LLORÓN.....	60
EL BURLADOR	63
EL DESALOJO.....	67
VICENTE.....	69
LA CRIADA PORTUGUESA.....	72
LOS GEMELOS	81
LA CAPA	87
LA NAVAJA FRANCESA.....	92
CARNE Y ESPÍRITU	97
EL JUSTO	105
EL CONSEJO	113
HABANERAS.....	115

DIOS LE GUARDE.....	119
EL INGREDIENTE SECRETO	121
LA FORTALEZA DE RADA.....	125
UN ALTAR CASTELLANO.....	127
LA VIEJA ALISTANA	130
EL ÚLTIMO AQUELARRE.....	135
EL AGUACERO	144
EL HAMBRE	147
LA ESCLAVA	149
EL CATARRO.....	153
ROGELIA, LA ESPANTACOMPAÑAS	159
EL MAL DE CANDELAS	166
EPIFANÍA.....	181
CASTILLO DE PALABRAS	184
EL MELONCILLO.....	186
MIGAS CON SANGRE.....	191
LA PRUEBA	195
EL APAGÓN	203
EL SILENCIO.....	206
LEPRA Y MUGRE	211
DON TELMO.....	214
VIGILIA	223
VINO Y PAN.....	225
EL PROFETA.....	229
EL EREBO.....	233
MARINOS VASCOS	239
LA GRAN NEVADA.....	242
EL PASADO	245
LA VIRGEN	247

EL PRIMER VISITANTE

Hace ya muchos años, llegó a la villa de la rasa sagraña de Yunclillos su primer visitante. Debió de ser mediado el mes de septiembre, o ya más bien avanzado, un sábado. Apareció en el centro del caserío aparentemente desorientado, solitario, alto y esbelto como un varángano, pelirrubio y mocejo de rostro, lampiño, con nubosos ojos de un garceño claror pálido y místico. Treinta y un pico años de edad. Corrían épocas de más etiqueta indumentaria y decoro en el modal que la presente; de hiperbórea facha ciudadana, sin serle rectamente detectable la ejecutoria exacta, guiri, holandés o renano, colorado por el frete y el pescuezo. Merodeaba asfíctico a causa de la sequiza solana castellana por el entorno de la iglesia mayor de la puebla, que es un honesto templo de elevado campanil con advocación al apóstol San Andrés de Betsaida, hermano de Pedro, purista edificio español de enlucido, ladrillo y mampuesto, y copete de pizarra brabantona heredera de una todavía notoria ascendencia escorialense. Se había despojado de la chaqueta americana, que colgaba de uno de sus brazos, cuyas manos reposaban moro-

samente en los bolsillos, y aflojado el delicado ñudo del corbatín. Cada dos por tres dirigía cegajosa la vista hacia lo alto, utilizando la zurda de escudo y visera. Después, se destocaba sudoroso el sombrero homburgo, en demasía recio para el mes, y se oreaba a lánguidos ventalles.

A la sombra del paño, el ciprés y el moral, un pequeño senado de lugareños lo observaba demudado y distante, a la modorra del poyete de siempre, concediéndole más análisis particular que comentario. A la tercera o cuarta circunvalación, el propio extranjero los requirió en un balbuciente castellano romo y dengoso, a medio camino entre la timidez y el desapego.

—Disculpen, gentiles caballeros, ¿podría alguno de ustedes abrirme la puerta de la iglesia?

—No está cerrada con llave, solo tiene que entrar.

—Ya...

Y el guiri miró nuevamente al pórtico, dubitativo, como si no se atreviese o lo considerase osadía. Entre el vedraño sínodo de ancianos ociosos se encontraba el tío Bernabé, que ya no cumplía de sacristán pero que lo había hecho largo tiempo, y que contaba con un pellizco más de luz y letra que los demás y era tenido por autoridad. Conocía de oídas el asendereado y cenceño labriego que el *tour* del norteño érase cada vez más sólito en España entera, y creyó identificar al extraño espécimen como un turista azorero, quién sabe si vanguardista de la nueva modernidad. Se invistió en cónsul espontáneo. Se quitó meditativo y caviludo la gorrilla y se rascó el menguado apañijo de vellos canos que le restaban, antes de

incorporarse quejumbroso como un hato de ternillas y traslucir, más con amagos y muecas que con verbos, que gustoso le serviría de cicerone y le desvelaría los primores del pueblo.

—Salvo por las mozas, que no se pasean a estas horas, mire usted, y mire que lo quiero bien, no hay mucha maravilla que ver en Yunclillos, ¿eh? Pero bueno...

El forañó siguió obedientemente al viejo, no sin cierta sorpresa perpleja cuando se dio cuenta de que lo alejaba de la iglesia callejero adentro. Bernabé lo guio por la plaza Mayor, y frente al ayuntamiento le explicó tres o cuatro barruntos de costumbres y danzas, anecdotario y calendario, sin meterse en erudición mostrenca y peregrina exégesis. Igualmente, lo sacó al arrabal por el frontis más arreglado, para presentarle sucintamente labores del monte, el paisaje y el agro, presuponiendo, por un lado, que el visitante carecía de ambiciones de ese jaez, además de disponer de un exiguo entendimiento del idioma. Percibía en el interlocutor que disimulaba una creciente impaciencia. Regresaron al interior del pueblo, rascándose el postillón el colodrillo de cuando en vez y elucubrando qué más mostrarle, que no parecía que al viajero le estuviese Yunclillos agradando en sentido alguno.

—Y no sé qué enseñarle ya más. Espere, espere, que igual Matías nos abre la fragua. Es todo un artista. Tiene clientes en Madrid y Toledo a porrillo, por las rejerías de forja...

Comoquiera que virase el guía a la izquierda, el presunto turista se apresuró a detenerlo con amable come-

dimiento. «No... no... si lo único que yo quiero es que me abra usted la iglesia, lo único que me interesa es la iglesia». Alzóse de hombros Bernabé circunspecto, y sin añadir ni mu ambos hombres desanduvieron al punto de partida.

Soturno y suspicaz se notaba el parroquiano conforme subían los escalones de acceso, sin saber articular exactamente por qué. Le sentía al forastero un intrínquilis postizo, una suerte de disfrazamiento tan inconcuso como inasible, una sombra a su espalda negra como un sortilegio. Ya ante la puerta de San Andrés y a la expectación de sus amigos, le punzó en el seno una postrer corazonada.

—¿Pues sabe usted? No le pienso permitir entrar en la iglesia. Y conste que está abierta para todo el mundo, ¿eh? Pero mire por dónde, usted no va a entrar.

—¿Qué?

—Pues lo que ha oído, que usted no va a entrar, y ya está perdiendo el culo marchándose de Yuncillos.

De repente, los lechuzos ojos del guiri trocáronse en aviesas centellas, abroncó el ceño, se mudó en perverso, socarronamente extrajo de su pantalón una gruesa billetera y le manoseó una gavilla de dineros. Se parapetó Bernabé rescaldón.

—Se va a meter usted su purrela por el orto y se va a marchar.

Entre la furia y la diplomacia, el extranjero sonreía cínicamente por las narices. El senado de tres o cuatro, entonces, se levantó de consuno del poyete, secundando al capitán,

como exhibiendo sus cachavas y bastones tan amenazantes como su mogollón de años lo permitió. Condescendió el visitante con una cortesía heladora. Pronunció lo siguiente en un español diáfano y neto como de Lerma capital.

—Como deseen, señores. Pero todo esto es inútil. Dentro de nada ustedes habrán muerto, y yo regresaré.

Levantó en envite Bernabé su cachava, y a soberbio paso lento el rubiales embocó la escalera y partió altanero del lugar. «Paletos...». Acto seguido, tan raudo y tórpido como su senectud concedió, corrió Bernabé a telefonar a Recas desde el ayuntamiento.

—Se encamina hacia allí un guiristino alto y rubio. Si aparece, no le permitáis entrar en el pueblo, ¿eh? Ni se os ocurra dejarle entrar.

El resto de aquella tarde de setiembre supo a ceniza y tristura a la sombra del ciprés y la morera. Los ancianos callaron su cruda humareda de cigarrillos de breva. Se miraron los unos a los otros en silencio, presos de una angustia cósmica, taciturna y suspensiva.

MISTERIO DE INIQUIDAD

Todavía reside en La Aliseda de Tormes un pintoresco señor que se sentara no hace tanto en cátedra salmantina, y si lo vieran ustedes en persona no darían crédito a la culta e ínclita carrera que abandonó en la cima de su potencial, y que comoquiera que junto con ella desertara del medio de sus erudiciones y sus trabajos, embarrancó sin proporcional ni futurizo legado de sus prosapias, víctima de una desesperación que ha ya lastimosa y dolientemente renunciado a purgar. Si lo vieran tan montuno y clásico como va, enfrazado con velloríes bastos acompañado de un chucho cazador paseando sin tino por los piornales altos, los acarrascados pascones y los abrojosos montes bajos de las inmediaciones de Gredos, de aquí allá todo el día en ocios distraídos, inopes e inanes, no darían crédito a imaginarle las gallardas mucetas incluso exageradamente galanas de antes, que semeja el más bruto de los gañanes. Ha huido al disfraz y a un pueblo cañí que ni siquiera es el suyo, y pastorea sin rebaño y sin Sancho, y solamente le cataría el serenísimo lector la factura antigua porque se le escapan dulzuras y registros al hablar, y repentinos

modales finos en ocasiones, que contrastan con sus uñas cuajadas de polen y mugre. Cuando llega el invierno, garbea místico como un tontaina por los páramos nevados, e imposta en Cuaresma cilicios y hesicasmos.

Porque hace unos años cayeron en sus gestiones unos ciclos de conferencias que desde inmemorial se traía la epiclesiástica sede con la Complutense madrileña e invitadas, un intercambio de benemerencias principales en las que trasegaban opúsculos con jamón docentes con toda solemnidad y lustre de orive añejo. Al tomar cargo, sancionó que los flujos estudiantiles a las pompas sapienciales se hallaban en verecundo estiaje, que magños salones y paraninfo apuntaban más telarañas que apuntes, y ensordecido por el eco de los dos primeros cursos adoptó alegremente una determinación al tercero que fue bien acogida en los entornos pedagógicos, y que no topó con discrepantes centinelas que le impusieran el menor de los sentidos comunes. Hubo sido avisado y persuadido de que el motivo de que los felices montemares de Salamanca ya no acudieran a los cursos remitía a la fórmula obsoleta y que recién utilizaban una alquímica cosa que se llamaba «yutúber», que era lo que los instruía y preparaba mejor, y que consistía en gente lerda y principiante que se grababa diciendo chuminadas y baldones baladrones y que causaba furor. A montaje de tomas ridículas e infantiles de cinco en cinco segundos, en las que se descoyuntaban en esparavanes, voces de ventrílocuo y lucecitas, explicaban temarios de EGB a los bachilleres y demás *intelligentsia* parisina, nacional y criollo-colonial.

Pretendió entonces hacerse el sabio moderno y neotérico muñidor, dejó en la estacada a los eruditos capitales mirando a la cola del paro con la hipoteca a todo trapo, pupilos pelotas le soplaron los yutúber más victoriosos y dominantes, y contratólos para que leyeran ellos los capítulos, arreglando los ciclos a cojón de mico.

Y llegadas las jornadas atracaron cuatro niñatos, cebados con avilantados caudillajes *prêt-à-porter*, a toda vela verde: becarios fracasados y resentidos, que bruñeron a quillazos el piso de las tarimas y que viscosas como de bilis las dejaron con unas charlas huecas, lentas, ridículas, tediosas hasta la náusea. Claro, sin su adobo *première* no eran tan valientes; después del quinto segundo llega el sexto, el tiempo no se detiene al tachán, y ellos... pues bueno... lo cierto es que nunca habían dado una clase de verdad... Fueron días de enorme angustia y desazón, en los que el fiasco universal no permitió al Arquitecto pegar ojo. El último día se salió al baño a borrarse el rostro bisunto con trementina y, al regresar, se estrelló con tal panorama que tuvo que marcharse a su casa para embebrincharse con güisqui de malta en privado, ausentándose sin ninguna cortesía de su última responsabilidad de honorable anfitrión. «¡Pero qué ha pasado aquí! ¡Por Dios, qué ha pasado aquí! ¿Cómo se ha podido llegar a esto?». ¿La desoladora y traumática aparición? Una niña de abecedario les exponía garabatos animados a sus cofrades, con más crines en las orejas que en la espalda (y ya es decir), que se fingían interesados y contentos de tan muertos por las tripas y las cavernas. Aforo: doce de su palo,

seis autoridades con nivel de demonio, unas once mil cámaras, y ni un estudiante en el auditorio. La pobre niña millonaria notaba el helor de la patochada y la hechizaba el apuro, de modo que casi ni le salía la voz, mientras los docentes la animaban caritativamente, tratando de ayudar a la criatura a regoldar la lección y salir del mal trago. Al día siguiente anunciaron los medios el sinigual éxito de la edición de aquel año (y aquí no hay sarcasmo).

¿Y los estudiantes? ¿No eran tan forofos los estudiantes de esos youtuber y tan alérgicos a los vedraños académicos de tan fermentado postín caduco? Cierto es que sí. En casa estaban los mascarones del porvenir haciendo pajiwikiyutufchín, sin tilde.

Nuestro protagonista colgó los hábitos, se aupó lo ahorrado al hombro y se echó al monte.

Si le preguntan al rabadán de Gredos cómo alguien como él ha acabado allí, les responderá: «Es la culpa... que no qué hacer con la culpa...», disimulando una penúltima vez el nepotillo su traslúcido retraso mental. No sé si he encontrado el tono adecuado en este cuento; reconozco que no estoy nada acostumbrado a escribir basándome en hechos reales.

EL SOSTÉN DEL SAGRARIO

Es Munébrega villa de rancio abolengo de la sarmen-ticia tierra de Calatayud, del Aragón seco y frío. Amable, bienhumorado, tuvo una vez la colorada Asunción de la villa antedicha un párroco joven y de buen sentir, don Pánfilo, que arraigaba en la localidad felizmente y contri-buía lo suyo a conservarla en un formol íntegro y próspe-ro. Dechado paciente, franqueza de mirada, menos remi-rado jamás se lo vio, y practicaba con el ejemplo mucho el recto derecho de gentes y mientras estuvo él regente de la feligresía el cristianismo era alegre y profuso, henchido y bien alimentado de contentamiento.

Su sacristán y principal monacillo llamábase Doroteo y érase un mancebo y gallardo tipo del país, labrador es-porádico y aprendiz e inercial confeso, sin mayores vicios ni virtudes que una apariencia gustosa para las mujeres. Atusado de cabellos rubios y torso apolinar que atiborra-ba la tunicela, atraía los ojos a menudo de las feligresas durante las amenas homilías del pastor, hombre bona-chón pero feo y aferruñado, y se confía en no degradar ni cuestionar los fehacientes fervores de la comunidad

cuando se insinúa que tal vez contribuyera de esa manera más hispida y menos rigurosa a la elevada espiritualidad del lugar, congregando las misas dominicales un aforo que a Munébrega desde hacía mucho no se le conocía, de cuando el pueblo contaba con un censo sobremanera más populoso.

El mochacho Doroteo, aún de célibe, acudía diariamente a la sacristía de buena mañana, con la industria y el ánimo solvente, para dejar listo y pimpante el sacro aparataje de su competencia. Así, solo a poco de comenzar los oficios se personaba don Pánfilo en el templo, ganando espacio para andarse asistiendo a las familias del pueblo, y en esta equilibrada entente, solamente entre ellos dos, no hubo en Munébrega enfermo sin visita ni chabola sin pan, víbora sin cayado ni alma sin socorro y compañía.

El monago Doroteo, entre tantas, cayó en gracia particular de la alcaldesa doña Águeda, quizá en demasía, siendo ella de posición de grandes respetos y edad esa en la que se asoman canas primerizas como alambres. Muy aficionada para adentro se fue haciendo del chaval sin saber cómo conjurar combinación viable para materializar la indagación y las admiraciones. Írrita a platonismos y persuadida de los poderes de este mundo, se habituó sin un plan demasiado perfilado a asistir al sacristán en sus quehaceres de utilero, aparentemente, no movida ni por la tentación ni por ningún doblegamiento. Prudente y discreta, por no levantar maledicencia ni maleficio, bien se cuidó de habilitar su ascendencia entre otras mujeres

del pueblo para que aportaran a la devoción mucha labor y dedicación, y de esta manera, durante el periodo de don Pánfilo, lució la Asunción siempre procurada y surtida, limpia como patena y pródiga en flores, luces, rezo y bordado.

Mas comoquiera que érase tan cercano y amoroso el trato y tanto el ínterin de privacidad con el guapo, progresó el galante mariposeo rampante en un goloso ritmo rutinario, y como quien no quiere, en aquellos minutos previos a las misas y bajo cobija de tabique y techo, los mirajes hubieron evolucionado en caricias, y las caricias en besos. La imaginación nocturnal se expandió a sus anchas por sus lechos solitarios, hasta que se prestaron a llegar a la sacristía cada vez con mayor prontitud y prestancia, acuciando minutereros, y en fin, al cabo se trocaron amantes de camarilla, celebrando su pasión generosamente y a manos llenas, principalmente en las alburas del día del Señor. Le tenían cogidas a don Pánfilo las medidas y los horarios, y se las daban muy felices y duraderas hasta nuevo mandato, si llegare.

Por desgracia, rara es la regla sin excepción. Un vernal y fecundo domingo de Cuaresma hubo el cura madrugado particularmente para colmarse los pulmones con la bella floración del campo. Menos rato del previsto la excursión le llevó, y se le ocurrió que sería buena idea allegarse a la iglesia ese día temprano, por ayudar a su sacristán y afianzar para con él un poco el trato con palabra, que cierto era que en las fechas últimas tenía relajado y a la buena de Dios.

Mala suerte que en cuanto introdujo su llavín en la cerradura de la sacristía encontrábase acaramelados doña Águeda y Doroteo con ella desvestida de busto. Alarmados y sin moratoria, salió ella despavorida hacia el interior de la iglesia, en tetas, sin hallar otro escondrijo que el interior de un confesionario. Asimismo, sin posibilidad de maniobra, accedió el azuzado y azarado monacillo al presbiterio, blusa y sujetador en sendas manos. Ya personado el clérigo, arrojó Doroteo las íntimas prendas de la dama a una taracea del retablo que conocía bastante inhóspita, fiando que apenas allí se verían y que no convocarían las miradas.

Se juzgará que tan supiritado arreglo saldría mal de inmediato. Empero, no fue así. Quedó escondida la blusa como repisada en el ático a pies de un angelote. Desde perspectiva cualquiera, podría cualquier cristiano vislumbrar que junto a la figura yacía un elemento extraño y textil, ¿pero a quién se le ocurriría que tal cosa fuera atavío femenino? Naturalmente, cualquier otro congruo se imponía más cabal, entiéndase, cualquier paño, por aquello de la pulcritud, por ejemplo, un trapo de limpieza. Y, redoblada fortuna, cayó el sujetador justo a su vera, por el presunto trapo atrapapolvo casi completamente tapado por primer plano. Tras la salutación varonil, entretuvo Doroteo a Pánfilo en la sacristía, aprovechando en eso Águeda para huir a su casa. Lo fácil es que hubiera tropezado con cualquier vecino en el trayecto mas, ¡oh, milagro!, no ocurrió así. En cuanto ingresó traviesa y ufana en el vestíbulo de su fortín domiciliario rompió en una

sonora y jocunda risotada, nerviosa y rumbosa de alivio, rejuvenecida a pálpitos.

Aquella mañana y las subsiguientes, nadie se alarmó por nada, y de las prendas, quizá siquiera testigo las percibiera.

Doña Águeda no era mujer fatal y perversa. Los días siguientes meditó diligentemente sobre lo ocurrido. Concluyó que había sido un aviso del Señor por lo tuerto de su comportamiento y lo palmariamente demoniaco del idilio. En Su bondadosa prodigalidad, se le había concedido poner orden en sus amores con Doroteo. Examinó escrupulosamente su conciencia sin la menor flaqueza ni la más nimia contaminación frívola y chocarrera, y últimamente se animó por una simpar y católica valentía. Se dio cuenta de que amaba de veras al garrido Doroteo, y pasando por alto su cargo y el de él, su edad y la de él, determinó proponerle que sus encuentros eróticos habían de desembocar en justo matrimonio o, de lo contrario, en abandono de la práctica ominosa y truculenta. Arriesgaríase a multitud de salaces vulnerabilidades ante Munébrega completa, y tal vez al rechazo más doliente, pero en aras de conciencia pura, habría de ser así y jamás de otra manera.

Mientras andábase Águeda en esos expurgos, opilaciones y penitencias, los problemas del sacristán fueron de más terrenal materia. ¿Cómo rescatar la blusa y el sujetador del ático del retablo, a la considerable altura que cayeron? Probó con todo tipo de astiles y varas, de altiños y escaleras. En el mejor caso, logró tocarlas con un

palo, pero no valió sino para que entrambas quedaran atolladas, sin precipitarse ni para adelante ni para atrás. Dictaminó el joven que no había urgencia, y que a la par que desapercibidas habían pasado por unos días, no había motivo para que la circunstancia cambiara, y que disponía de plazo largo para ingeniar una estrategia eficaz.

Domingo 4 de abril, radioso y bonancible, pero de crespa y oscilante ventolera. Domingo, cuarto de Cuaresma. Iglesia de Munébrega de bote en bote. El sereno y nobleno párroco, en ebriedad de ceremonia, consagra la hostia. Por la puerta abierta del templo, una corriente viva se cuele, recorre el pasillo, por tras el retablo se esconde. Un par de extraños trapos se revuelan, el uno grave, el otro, sedeño, flota, se le precipita al oficiante sobre la cabeza, la vista le ciega. Como puede, reposa sobre el altar la Forma, y el dogal se aparta, y ante el pueblo, de capataz a limosnero atónito, lo despliega. Todos los vecinos reconocen la más refinada blusa de la señora alcaldesa. Una bufa y explosiva carcajada revienta y recorre creciente el local.

A otro párroco, probablemente, la coyuntura lo habría venido a enfadar terriblemente; por desgracia, don Pánfilo no es así. Es un hombre tímido, apocado ante vulgachos y muchedumbres. Le sale solo, irreflexivamente, participar de la comicidad. Finge que se prueba la blusa delicada y fina por si de su talla fuera, con pantaleónica función actoral. El sujetador ha caído sobre la portezuela del sagrario, y allí ha embarrancado enganchado. Lo coge entre sus manos, lo examina fingiendo que no sabe ni si-

quiera lo que es. Del todo payasilmente ya, termina tocándose, a modo de bonete, con una de las abundosas copas de la prenda, la cabeza. Los zarandilleros se retuercen de la risa, lagrimones, hasta punción por las costillas. Estos cinco, diez segundos, de interpretación, serán para don Pánfilo, cuando regrese a sus cabales, causa de arrepentimiento sin cura para el resto de su vida. Cuando termina la misa cuaresmal, sale por las puertas de la Asunción de Munébrega página a página entera una novela.

Águeda dimitió veinticuatro días después. Pánfilo pidió un rápido traslado, acabó espurio monje del Parral. Doroteo migró a un triste ostracismo zaragozano.